

Parte III

Debate filosófico sobre seguridad en Mesoamérica y Brasil

Capítulo 9

Seguridad mesoamericana en la filosofía, la ética y la historia de las ideas en América Latina

Georgina Sánchez

9.1 INTRODUCCIÓN

En las civilizaciones antiguas de América Latina, la vida fue dominada por cosmogonías basadas en el principio de armonía entre la humanidad y la naturaleza. Las amenazas y conflictos cotidianos se contemplaban desde este marco general que dio preferencia a los intereses colectivos. Por lo tanto, la comunidad es un faro que organiza el presente, e integra las necesidades futuras, con una visión donde los individuos contribuyen a un ciclo inagotable de la vida natural y social. En el corazón del valle de México, patria azteca, la filosofía náhuatl inspiró la doctrina de “la cara y el corazón” (el rostro: *Ixtli Yollotl*) como base del sistema educativo. Los valores centrales eran la cooperación, la dignidad y la libertad, y simbolizaban las máximas del corazón: la solidaridad, el amor y la paz. De ahí que la seguridad se concibiera como la capacidad de vivir en armonía y de asegurar la sustentabilidad de las generaciones futuras. Conforme se desarrolló la civilización y aparecieron estructuras de riqueza, los conceptos de poder político y de intereses particulares debían asimilarse en dicha cosmogonía original.

Desde el surgimiento de los imperios azteca e inca, tras su posterior expansión territorial y el arribo de los europeos, la seguridad en América Latina se hizo compleja y hubo de integrar la influencia y el

poder de los actores externos, así como la tensión constante entre apertura e inercia. Jamás existió una identidad latinoamericana que pudiera borrar las tensiones sociales, económicas y políticas entre los actores políticos; como tampoco surgió una filosofía que reflexionara acerca de los desafíos implicados en la conformación de una región con intereses compartidos.

Durante los últimos 3 000 años, las visiones de seguridad en América son el producto de transformaciones culturales que no evolucionaron de modo lineal. Debido a la magnitud de la región y al tremendo impacto de la colonización, dichas visiones son un tejido complejo de cosmogonías indígenas antiguas, que aún permanecen en la vida cultural, con nuevos regímenes y patrones sociales cambiantes. Con interferencias externas importantes, la fertilización intercultural coexistió con ideologías importadas de vanguardia en una síntesis cultural que se formó a partir de una variedad de intereses, recursos y poder. No obstante, durante los siglos pasados, “la seguridad del Estado” ha sido invocada con el fin de legitimar los poderes existentes. Recientemente, las nuevas amenazas de seguridad conllevan nuevas propuestas y acciones que reflejan la elaboración de nuevos conceptos de seguridad.

En el umbral del siglo XXI, el principal reto parece ser la búsqueda de una identidad común que reconozca la heterogeneidad básica de la región. Sin el desarrollo de los aspectos positivos implicados en esta heterogeneidad, como son el nacionalismo y los esquemas de seguridad (donde se eliminó la relación directa con el medio ambiente regional y donde son cada vez mayores las presiones de la globalización), podría incrementarse la vulnerabilidad de América Latina. En este punto, el concepto “seguridad humana” aparece como uno de los más compatibles con las aspiraciones de desarrollo y democratización que comparten los ciudadanos latinoamericanos. Y ayudarían a nivelar los obstáculos del nacionalismo que han impedido a las naciones latinoamericanas establecer una estructura de seguridad regional, que refleje los intereses y las características comunes cuyo centro es su identidad. En lo que respecta al concepto de “desarrollo sustentable”, las viejas cosmogonías comparten una preocupación por el medio ambiente. Quizás es la primera vez en la historia de América Latina moderna que el enfoque recae en la reconciliación y no en el choque de civilizaciones.

9.2 PERIODO PRECOLOMBINO: COSMOGONÍAS Y RELIGIÓN

El complejo funcionamiento de los ciclos cósmicos constituye el principal referente para la vida, la seguridad y el desarrollo de las antiguas civilizaciones americanas. Algunas huellas recién descubiertas¹ muestran yacimientos humanos en México hace aproximadamente cuarenta mil años, a pesar de que la organización en comunidades rurales se ubica apenas hace siete mil años. Las primeras cosmogonías que aparecieron, largo tiempo antes de la institucionalización de los cultos religiosos, tenían su base en la visión de la humanidad como una parte integral de la naturaleza. La armonía y el balance del universo dependían del funcionamiento adecuado del reloj cósmico, y los seres humanos estaban seguros en la medida en que se integraran al ciclo natural sin interferir en éste.

Se desarrollaron tres civilizaciones principales en América: la nahua (en México), la maya y quiché (en Yucatán y América Central) y la inca (en Perú). Los toltecas, el primer grupo nahua que arribó a los valles centrales de México, documentaron la historia del universo con precisión: 2 628 años de pleitos continuos entre los dioses de la luz y la oscuridad. El dios Quetzalcóatl quedó a cargo de la creación de la humanidad, la cual gozaría de permiso para transformar la naturaleza, con el fin de convertirse en mejores seres humanos. El cosmos era perfecto y armónico, la humanidad era el ser consciente del mundo.

Los mayas, astrónomos y matemáticos excepcionales tenían una cosmogonía de la creación del mundo como un lugar ordenado y dividido en puntos cardinales, donde el cielo y la tierra se formaron y distribuyeron por parejo con una cuerda de medición. Así les fue posible llegar a una comprensión racional del mundo.

El imperio inca posiblemente tuvo su origen en el alto valle del Amazonas. Durante su apogeo en el siglo X d.C., el imperio se extendió desde Ecuador y Perú hacia Bolivia, Chile y el noreste de Argentina. Los incas formaron el grupo étnico dominante, un imperio de lengua

¹ En julio de 2005, dichas huellas fueron descubiertas por un equipo de científicos británicos de las universidades de Liverpool, Bournemouth y Oxford; fuente: *El Universal*, México, 5 de julio de 2005.

quechua-aimará, que subyugó culturas desde el Pacífico hasta los Andes. Su cosmogonía vinculó el destino de los individuos con los dioses de la naturaleza, como puede observarse en Cuzco, donde el centro astronómico del imperio se representó en un complejo arquitectónico impresionante basado en 41 líneas (*ceques*) conectadas a los lugares naturales sagrados (*huacas*), con funciones astronómicas precisas.

Según estas cosmogonías, el concepto de individualidad y por ende el de conciencia individual carecía de importancia; lo fundamental era el vínculo de todos los seres con el universo. En las representaciones de sacerdotes y chamanes, los seres humanos se asimilaban a otros seres naturales o elementos. Las primeras huellas de civilización en México —estructura social, especialización laboral, participación plena de comunidades en rituales y expresiones artísticas complejas, cerámica, danza, poesía y canto— datan de 1 500 a.C. en Tlatilco. Las representaciones de la naturaleza testifican los ritos de oración que podían satisfacer las necesidades de sus comunidades. En esta primera etapa se piensa que la humanidad aún no había elaborado una formulación intelectual sintética y, por lo mismo, una estructura religiosa (Séjourné, 1975:58-62). La seguridad dependía de situaciones inciertas gobernadas por las leyes naturales, y solamente se lograba con ritos eficientes, llevados a cabo por magos hábiles.

Así como en todas las principales culturas y civilizaciones, los nahuas, mayas y quichés tenían mitos de creación caracterizados por el poder del verbo como la fuerza de creación y el símbolo de conciencia y racionalidad (De la Garza, 1978:40-41). El significado de la vida se guiaba por la adoración a los dioses de la naturaleza, alimentándolos y proveyéndolos, lo cual creaba una interdependencia compleja entre la humanidad y las divinidades. A continuación de dichas divinidades, los humanos eran los seres más perfectos. La vida humana se concebía como la vida del espíritu, su entendimiento. Los nahuas, mayas y quichés coincidían en la concepción de guerras originales, guerras entre las fuerzas de la luz y la obscuridad que continúan la dinámica del ciclo de vida natural: “El alimento de los hombres anteriores al actual [hace ver] que el maíz se encuentra en el cuerpo de un animal, y que para formar al hombre los dioses utilizan la sangre de ciertos animales, o sea, que los animales participan en la creación del hombre [...] con

su propia energía vital, su sangre, lo cual puede expresar la creencia en un origen animal” (De la Garza, 1978: 49). Tampoco los dioses de la naturaleza eran autosuficientes, aunque debían ser reconocidos, adorados y alimentados por los seres humanos; a fin de cuentas, la armonía del cosmos dependía del buen funcionamiento de la relación entre los dioses y la humanidad.

El dios Quetzalcóatl creó el principio espiritual de la fe, así como el sentido de centro, de unidad y racionalidad en la existencia humana. El surgimiento de la idea del absoluto se identifica con el dios de la creación, Quetzalcóatl, en las tradiciones nahua (Ciudad de México) y maya (Mesoamérica). Este absoluto era “el aliento de vida” el cual dio el primer impulso al movimiento y al tiempo, a la naturaleza y al mundo, a la vez que engendró a los dioses. Como bases de la religión náhuatl, promovió una vida espiritual sólida, orientada hacia la liberación del alma. Mientras que las guerras locales y tribales tenían como fin capturar rehenes para los sacrificios (“guerras floridas”), las guerras más temidas eran aquellas que se oponían a los dioses. La existencia de dichas guerras reforzó la adherencia y el cumplimiento de las leyes de la naturaleza, así como la cooperación colectiva con el fin de aumentar las posibilidades de supervivencia, lo que se convirtió en un importante vínculo social en dichas culturas.

En el siglo XI d.C., los aztecas, una tribu de guerreros y cazadores procedente del norte, llegaron al valle de México. Reinterpretaron la religión nahua y convirtieron los rituales espirituales en guerra y muerte verdaderas. Con la expansión del poder del imperio azteca, el pilar de la cosmogonía nahua original —la integración entre los seres humanos y la naturaleza— se volvió secundaria.

Hacia el año 1440 d.C., el imperio azteca había extendido su poder desde el norte de México hasta América Central mediante la conquista militar, convirtiéndose en una civilización brillante y temida. Desde el norte de México hasta Panamá, los aztecas subyugaron por la fuerza y la inteligencia a cientos de comunidades y culturas con su poderío militar.

Las cosmologías prehispánicas eran estructuras complejas de pensamiento que combinaban conocimientos avanzados de matemáticas, astronomía, física, biología, artes y religión, puestos al servicio del poder imperial. Quetzalcóatl ya no era el pilar del orden del mundo,

sino que se tornó en motor del desarrollo y dio legitimidad al orden mundial y al dominio de los aztecas sobre los otros grupos étnicos. Los emperadores y militares se convirtieron en sus agentes en la tierra, y el uso de la fuerza se empleó para legitimar el orden que sometía a otros grupos. Las instituciones del Estado se establecieron en una estructura compleja, organizadas en una fuerte jerarquía vertical. Los burócratas, los oficiales militares, los sacerdotes y las clases nobles dominaron gracias a la fuerza, el miedo y la riqueza. En la religión, la unidad representada por Quetzalcóatl se impuso sobre los dioses de la naturaleza, y así justificó la imposibilidad de cuestionar la supremacía azteca.

El pensamiento occidental ha considerado al pensamiento precolombino desde la perspectiva de la antropología, la historia y la arqueología, y se ha estudiado poco la filosofía nahua que heredaron y emplearon los aztecas. Además del militarismo, los sacrificios y las guerras imperiales aztecas, el humanismo se desarrolló ampliamente desde sus orígenes. Los *tlamatinime* eran los intelectuales, poetas y filósofos a cargo de las preguntas fundamentales de la existencia humana y su verdad inherente acerca del universo, la vida y la muerte. Dicho humanismo consideró la vida como un periodo transitorio, e infirió que la verdad no se encontraría en el aquí y ahora de la vida, sino en una dimensión diferente. Por ello, había que ir más allá de lo palpable y lo visible, hacia lo que trascendiera a la humanidad. Los *tlamatinime* elaboraron numerosas hipótesis y no basaron sus respuestas en los ritos religiosos, vistos como una forma dañina y fútil de buscar transformar a los dioses. Tampoco pensaron que el pensamiento racional era la respuesta, porque la adaptación del pensamiento a la realidad carecía de valor bajo una realidad en cambio constante, al ser el universo el lugar donde “todo cambia, muere y parece un sueño”. En efecto, para dichos filósofos nahuas, la contingencia y la fragilidad eran las características dominantes del universo, como si reflejara la fuerza de la naturaleza expresada en desastres, como son los huracanes (derivado de un término caribeño) y los terremotos.

Los *tlamatinime* crearon un pensamiento filosófico de “la flor y la canción” para explicar la dualidad donde todas las cosas son sí mismas y su contrario, en un proceso continuo de fecundación. Ometéotl era el

viento de vida,² el origen que nos permite explorar el alma —la energía de la luz— y crea a la humanidad con “cara y corazón” (Séjourné, 1975: 83). Dicha filosofía no solamente tenía una finalidad explicativa, también elaboraron una doctrina para ponerla en práctica mediante la enseñanza. Su responsabilidad era educar con corazones sólidos a los eruditos, donde no había lugar para la mentira, el egoísmo, la violencia y la ambición de poder. “Vemos que las funciones de razón, imaginación y pensamiento radican en el corazón [...] Así, para los mayas, el corazón es lo que hace humano a un hombre y lo distingue de los seres irracionales” (De la Garza, 1978:74). Los valores fundamentales de la vida humana eran la defensa y la promoción de la vida y el combate a todo lo que la amenazara; mantener la cohesión social de la comunidad y lograr el cumplimiento del destino contingente del hombre; dar a luz la verdad y el significado de todas las cosas terrenales, y del universo (León-Portilla, 1979: 320). La belleza de las flores y las canciones podía transformar la fragilidad humana al convertirse en la verdad misma, y considerar que la verdad era la piedra angular de la seguridad, la armonía entre la humanidad, la naturaleza y el universo. No obstante, este enfoque humanista nunca ganó suficiente popularidad entre las élites militares aztecas, consolidadas en la alianza de líderes políticos y militares con sacerdotes y magos. En el imperio azteca, la seguridad del Estado reemplazó a la noción de seguridad humana de la antigua cosmogonía y religión nahuas.

9.3 PERIODO COLONIAL: COSMOGONÍA Y RELIGIÓN

Un concepto similar prevaleció entre los conquistadores españoles, que actuaron en el nombre del dios de los católicos romanos y de la Corona:³ el catolicismo desembarcó con ellos y se consolidó durante la

² Es interesante subrayar cómo el concepto de “aliento de vida original” tiene similitudes con el concepto chino de *chi* o *ki*, sopro de energía vital, al igual que la armonía entre *yin* y *yang*, la oposición y complementariedad como fuente de vida en una visión universal.

³ Referencias centrales para este periodo son Sahagún, 1956; De las Casas, 1951; Cortés, 1960.

colonización de América. Los calendarios litúrgicos inca, azteca y maya coincidieron con la llegada de los conquistadores y la desaparición de los regímenes existentes. Incluso los aztecas confundieron la llegada de los conquistadores con el retorno de Quetzalcóatl y presentaron poca oposición a Hernán Cortés. Además, debido a que los imperios siempre estuvieron confrontados con la difícil conformidad y sumisión de grupos étnicos vasallos, sumado a las ambiciones de poder de las élites aspirantes, posibilitó a los españoles formar alianzas contra el poder central. Sin embargo, los grupos nativos que con la misma fuerza con que antes habían luchado contra la imposición del imperio indígena central, posteriormente se rebelaron contra los españoles, y fueron castigados también con la misma brutalidad y severidad por los españoles.⁴ Si los nativos no aceptaban la fe católica, se les forzaba por medios militares y políticos (Todorov, 1987:53). Más importante aún, los conquistadores no entendieron las cosmogonías, la religión y la filosofía amerindia, aunque sí entendieron que establecer su poder dependía de destruir y tomar posesión de los lugares de adoración, lo cual explica por qué construyeron sus iglesias sobre las pirámides. El fin del orden mundial, ya pronosticado, aumentó el miedo de los nativos, y combinado con amenazas, bastó para lograr el asentimiento y la colaboración. Castigos salvajes y nuevas enfermedades y patologías procedentes de Europa contribuyeron a reducir la población americana, que disminuyó de ochenta millones en 1500 a tan sólo diez millones, cincuenta años después de la Conquista (Todorov, 1987:28, 144).

En términos de seguridad, la Conquista estuvo marcada por el poder personal y la riqueza de los conquistadores que se apropiaron de territorios y títulos de nobleza, fortunas personales y negocios privados, violaciones y esclavitud. La conquista de los nuevos territorios fue financiada por fondos privados, no por la Corona, que no poseía los medios para hacerlo; aunque sí pagaba dichos financiamientos con intercambios de territorios y beneficios, y se reconocía su soberanía mediante el pago de impuestos. El salvajismo de la Conquista se explica por esta obligación de repagar los financiamientos privados, por “el permiso” a los conquistadores de actuar “con libertad”, y según sus propios criterios, con las

⁴ En 1550, Pedro de Valdivia informó al rey que los araucanos, habitantes de Chile, no habían aceptado la sumisión, así que les declaró la guerra y tras vencerlos, les castigó “cortando 200 manos y narices...” (Todorov, 1987:53).

poblaciones y los territorios locales, en detrimento del gobierno y control del Estado español.⁵ Mientras que la mayor parte de los conquistadores participó en la destrucción masiva, la brutalidad de la dominación y la conquista de amplios territorios y pueblos, solamente 4% participó en la concentración de la riqueza (Moreno Toscano, 1974:50).

De este contexto se derivan las estrategias militares españolas y el uso de la fuerza, aunque su éxito fue determinado por otro factor. El imperio azteca era relativamente joven, creció entre 1420 y 1500, cuando alcanzó la cumbre de su poder sobre los pueblos y culturas de Mesoamérica; estas culturas dominadas se volvieron los mejores aliados de los conquistadores. Así, las divisiones internas explican las fuerzas asimétricas en juego contra los aztecas, donde los españoles controlaban los puestos de mando, pero los indígenas conformaban el ejército real, en proporciones que iban de 1 a 50 (Moreno Toscano, 1974: 52) hasta de 1 a 1 000 (Todorov, 2003:69).

En Perú, el imperio inca también se dividió: tras la muerte del líder Huáscar Cápac, sus hijos se disputaron violentamente la legitimidad de la herencia del imperio, que se extendía aproximadamente en un millón de metros cuadrados, desde Colombia a Chile y Argentina. Los conquistadores españoles llegaron de Panamá justo a tiempo para tomar ventaja en la contienda entre hermanos. A pesar de las revueltas indígenas contra la violencia de los conquistadores españoles, la clave de la caída del imperio inca fueron las divisiones internas (León-Portilla, 2004: 113, 120). Al igual que en el caso de los mayas, las divisiones internas causaron la ruptura de esta civilización —agudizada por cambios ambientales— que cayó bajo el dominio español en 1546.

Un segundo factor determinante para la conquista de estas tres civilizaciones fueron las profecías de catástrofes de los adivinos y sacerdotes prehispánicos, cercanos a los emperadores y reyes.⁶

Un tercer factor común que ayudó a la Conquista fue el elemento sorpresa. En todo el continente, los indígenas se paralizaron ante los

⁵ En regiones como el Caribe, los indios taínos y arawaks fueron prácticamente extintos; los indios del Cono Sur —en Argentina y Uruguay— sufrieron el mismo destino.

⁶ “Tomados en su conjunto, estos relatos provenientes de poblaciones muy alejadas entre sí, impresionan por su uniformidad: la llegada de los españoles *siempre* va precedida de presagios, su victoria *siempre* se anunció como segura” (Todorov, 2003: 82).

españoles y su aparente actitud amistosa y conciliadora; se confundieron, creyéndolos dioses. El papel desempeñado por los sacerdotes y las clases nobles, quienes prefirieron negociar antes que pelear contra los conquistadores, también influyó en las creencias de la gente común.

En resumen, las agudas diferencias internas en la América Latina prehispánica —como los intereses económicos privados de corto plazo, la dominación religiosa, las profecías de catástrofes y el elemento sorpresa— tuvieron más peso en la Conquista española, que las armas o el pensamiento filosófico y estratégico de los conquistadores. Por más de doscientos años prevaleció el Estado colonial, establecido con los fundamentos de la filosofía medieval y la religión católica.

El catolicismo se consolidó durante el periodo de la Colonia a partir de la conquista espiritual de manera más efectiva y menos salvaje, lo que consistió en un asunto de seguridad no sólo para el catolicismo, sino también para el imperio español. Desde entonces y a pesar de algunas reformas importantes, la Iglesia católica en América Latina ha mostrado una división rígida entre el alto y bajo clero, distinción que permanece hasta hoy: el primer grupo vinculado con el poder papal, y el segundo, identificado con las necesidades y creencias locales. Cuando el bajo clero se organizó políticamente en el siglo XX e impulsó la “Teología de la Liberación”, fueron severamente atacados por los gobiernos anti-comunistas, al igual que por el Vaticano. Desde su ascenso, el Papa Juan Pablo II promovió una estrategia exitosa de contención, dispersión y disuasión del bajo clero, asociada a las demandas sociales en América Latina. Históricamente, la Iglesia católica ha jugado un papel importante en las políticas latinoamericanas, al apoyar golpes de estado, negociando, mediando e inclusive financiando fuerzas políticas. Es importante añadir que América Latina es la región que cuenta con más población católica en el mundo.

9.4 SEGURIDAD EN LOS PERIODOS PRECOLOMBINO Y COLONIAL

En términos de seguridad, dos visiones se confrontaron en América Latina. La primera estuvo guiada por las cosmogonías fundadas en la

armonía, el balance y la integración de la humanidad con la naturaleza, y una seguridad colectiva, donde la cohesión social se sostenía a partir de las necesidades colectivas. Aunque había guerras y conflictos, las sociedades tenían un importante motor en las visiones humanitarias y de responsabilidad por la naturaleza, la pertenencia colectiva y el futuro a largo plazo.

La segunda visión presenta lo opuesto: “la razón de Estado” basada en el poder político, el interés individual de grupos privados, el poder económico y religioso desde la América Latina prehispánica a la colonización. La voluntad de imposición y de aferrarse al poder resultaron el motor de las sociedades jerárquicas, con los intereses individuales ambiciosos y el poder a corto plazo, listos para subyugar a las personas y destruir la naturaleza. Lo opuesto a la concepción de los *tlamatini-me*, de actuar “como si el universo fuera permanente, no contingente y fuerte, no frágil”. Los intereses materiales, la violencia, el militarismo y la hegemonía de los imperios prehispánicos y españoles contribuyeron a borrar la concepción de seguridad, entendida como la seguridad del ser humano en armonía con la naturaleza y con el universo, según la propuesta de la filosofía náhuatl.⁷

9.5 LA INDEPENDENCIA Y LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO MODERNO: FILOSOFÍA Y DEMOCRACIA

La filosofía occidental llegó a América Latina con la conquista europea hace apenas quinientos años. Desde los siglos XVI al XVIII, el Estado y la religión estaban estrechamente vinculados con la difusión del escolasticismo, una forma de pensamiento premoderna que se convirtió en la más importante tendencia filosófica del Nuevo Mundo.⁸ En el nombre del catolicismo y de España, “la conquista espiritual” se dio a la tarea

⁷ Miguel León-Portilla (1959, 1959a, 1961, 1967, 1974, 2003) es sin lugar a dudas el más importante intérprete de la filosofía náhuatl.

⁸ Entre los más importantes representantes de la escolástica se encuentran Francisco Suárez (1548-1617), un filósofo y teólogo español jesuita; y Francisco Gamboa, mejor conocido como Francisco de Vitoria (1483-1546), uno de los fundadores del derecho internacional premoderno y filósofo del pensamiento político de los conquistadores.

de cristianizar e hispanizar los territorios conquistados; esta “occidentalización” también se hizo con el fin de justificar y legitimar la expansión imperial europea (Moreno Toscano, 1974: 54). Hubo un breve periodo de cuestionamiento acerca del derecho de España de dominar y conquistar América, respecto a la justicia de la guerra, a la naturaleza verdadera de los indios como seres humanos, y a la legitimidad de la dominación del cristianismo a partir del exterminio indígena y de sus culturas.⁹ Sin embargo, conforme el régimen colonial se hizo claramente hegemónico, estas preguntas cesaron. Al mismo tiempo, la segunda generación de españoles comenzó a mezclarse con los indígenas en la más grande fusión cultural de la historia.¹⁰ No obstante, los debates filosóficos, la política, la religión y las estructuras económicas estuvieron basadas en el pensamiento e intereses españoles, y se excluyó la participación de los nativos y sus cosmogonías, culturas y religión, posiblemente dejando de lado una buena oportunidad de sentar las bases de una filosofía latinoamericana. Durante la Conquista y la colonización, la filosofía, la religión, el poder y la seguridad integraron una misma unidad: la visión hobbesiana orientada a servir los intereses coloniales y, marginalmente, a contribuir al bienestar de las poblaciones locales.

Durante el siglo XVIII llegaron a América nuevas influencias europeas, en particular de Francia: la Revolución Francesa, la Revolución Industrial Inglesa y la independencia de Estados Unidos de América provocaron las críticas de la filosofía premoderna.¹¹ La búsqueda de una identidad nacional americana hizo de estos cambios una revolución cultural, que plantó las semillas de los movimientos de independencia de España a principios del siglo XIX (Salazar Bondy, 1988: 13). A lo largo del continente, surgieron nuevas ideas libertarias con líderes brillantes como Bolívar (en la región andina), San Martín (en Sudamérica) y el

⁹ El escolasticismo, la conquista y la colonización han sido ampliamente documentados por Todorov, 2003.

¹⁰ Uno de los más importantes símbolos del mestizaje de razas, valores, reglas y creencias en México es el culto a la Virgen de Guadalupe, que combina la Virgen María católica con la diosa indígena de la fertilidad, Tonantzin.

¹¹ El Renacimiento y la Ilustración tuvieron un impacto importante en los intelectuales de la época, representados por las ideas de Newton, Galileo, Descartes, Locke, Rousseau, Montesquieu, Benjamin Constant, Adam Smith y Alexis de Tocqueville. No obstante, estos debates difícilmente alcanzaron al ciudadano común.

cura Miguel Hidalgo y Morelos (en México). Todos se enfrentaron a la tiranía española, al hambre y a la polarización social.¹²

En términos filosóficos, “en suma, en el movimiento de Independencia pelean dos tendencias opuestas: una, de origen europeo, liberal y utópica, que concibe a la América española como un todo unitario, asamblea de naciones libres; otra, tradicional, que rompe lazos con la metrópoli sólo para acelerar el proceso de dispersión del Imperio” (Paz, 1994:131). Sin embargo, en oposición al nacimiento de los Estados Unidos de América que dio lugar a una nueva nación moderna, los movimientos de independencia de América Latina resultaron ser una transferencia de las mismas estructuras de poder, aunque en esta ocasión cayeron en manos de las élites de los nuevos países. “En verdad se trata de sociedades en decadencia o en forzada inmovilidad, supervivencia y fragmento de un todo desecho” (Paz, 1994:132). América Latina nació en el ocaso del mundo medieval.

Las nuevas filosofías europeas tuvieron una influencia importante: el positivismo se adoptó a lo largo de todo el continente. La necesidad de ser “científico” se puso en boga; Auguste Comte y Spencer eran los marcos de referencia; el rechazo al poder político de la iglesia, el laicismo del Estado y del sistema educativo se arraigaron en reformas legales importantes, tal es el caso de México con Benito Juárez. El positivismo y el liberalismo en Argentina, Brasil y Cuba (con Sarmiento, Rosas, Martí) coexistieron con corrientes defensoras del catolicismo. Los debates entre conservadores y liberales prefiguró la estructura política y militar del siglo XX. No obstante, a pesar de los debates políticos y las ideas modernas, la semilla cultural del escolasticismo y del poder monárquico sentaron las bases de los regímenes autoritarios de América Latina y el Caribe durante los siglos XIX y XX.

En el siglo XIX, la seguridad se centró en la defensa del Estado-nación (ya no en las estructuras religiosas y teocráticas) y en la consolidación del poder político y económico de las nuevas élites, evitando las intervenciones militares extranjeras desde Europa.

El proceso de desintegración del imperio español en el continente dio como resultado el surgimiento de los nuevos países y el surgimien-

¹² “En 1800, México llegó a ser uno de los países más ricos del mundo, un país de riqueza extrema y máxima pobreza. (González, 1974: 75).

to de nuevas oligarquías, líderes carismáticos e ideologías nacionalistas para legitimar su poder. Incluso cuando los nuevos países exhibían constituciones liberales y democráticas, escondían la influencia de los sistemas políticos feudales, y la construcción fallida de la identidad política de América Latina: por una parte, las constituciones nacionales eran liberales y democráticas; por la otra, las prácticas sociales y políticas eran con frecuencia autoritarias, corruptas y guiadas por el interés privado.

Aunque hubo un movimiento positivista regional para limitar el poder político del clero, la Iglesia católica continuó favoreciendo a los gobiernos no democráticos, dictatoriales y a sus partidos políticos, aunque formalmente las cosas deberían haber sucedido de modo diferente. Hacia finales del siglo XIX, las luchas por el poder, la consolidación de los Estados Unidos de América como un poder emergente, y el nacimiento de nuevas corrientes intelectuales y sectores académicos, dieron como resultado la crítica al positivismo.¹³ Bergson, Croce, Boutroux y Marx se convirtieron en pautas de los filósofos hispanoamericanos de la primera mitad de siglo XX. La segunda mitad del siglo XX se vio influida por Camus, Merleau-Ponty, Sartre, Heidegger, Bachelard, Breton, Wittgenstein, Russell y G.E. Moore, entre otros.

Al adoptar, adaptar y asociar estas filosofías a sus respectivos países, los filósofos latinoamericanos se impusieron una tarea doble: ¿existía una filosofía latinoamericana? ¿y una identidad latinoamericana? Salazar Bondy (2001) afirmó que no puede haber una filosofía latinoamericana, al igual que no existe una filosofía alemana, francesa o española. La filosofía se ocupa de las preguntas universales de la humanidad, no de una afirmación nacionalista, con la excepción del nazismo que intentó ser universal. Posteriormente, y después de que las discusiones se vuelven profundas y complejas, se identifican con una filosofía nacional. Además, la historia de las ideas en América Latina presenta debates interesantes acerca de la identidad latinoamericana, aunque la

¹³ Los fundadores del movimiento —de la nación— tales como Alejandro Korn (1860-1936), Carlos Vaz Ferreira (1872-1958), Enrique Molina (1910-1997), José Vasconcelos (1882-1959), Alejandro O. Deustua (1849-1945), Enrique Rodó (1971-1917), Alfonso Reyes (1889-1959) y Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) tuvieron una influencia importante en las áreas de educación, arte, literatura, política y filosofía.

mayor parte del pensamiento latinoamericano se ha importado, particularmente de Europa.

Algunas razones son las dificultades asociadas al desarrollo del pensamiento abstracto, y la falta de interés cultural en la filosofía, que se sustituyó por pragmatismo y pensamiento a corto plazo. En todo caso lo que ha sucedido es una imitación o una adaptación de la filosofía europea, más que una producción original; es decir no hay autenticidad. “Porque lo cierto es que los hispanoamericanos estamos claramente en el caso de este existir inauténtico: vivimos desde un ser pretendido, tenemos la pretensión de ser algo distinto de lo que somos y lo que podríamos quizá ser, vivimos alienados respecto a la propia realidad que se ofrece como una infancia deductiva, con carencias múltiples, sin integración y por ende sin vigor espiritual” (Salazar Bondy, 2001:82). Los filósofos latinoamericanos comparten la necesidad de hacer una filosofía basada en la búsqueda de una identidad propia, la cual ciertamente debería rescatar la filosofía prehispánica, así como reflejar el sincretismo cultural de los últimos quinientos años. No obstante, en los albores del siglo XXI, América Latina sigue buscando su propia filosofía.

9.6 PENSAMIENTO DE SEGURIDAD EN AMÉRICA LATINA POST COLONIAL

La filosofía no tuvo una relación de causa-efecto directa con la seguridad en América Latina, aunque sí hubo una crítica filosófica de las prácticas políticas y militares de América Latina. Por el contrario, el nacionalismo ha sido más bien la ideología dominante en América Latina, desde luego con un impacto en la seguridad. El nacionalismo nació para legitimar los regímenes locales y las divisiones de los países después de su independencia de Europa. La amenaza principal se ubicó como una posible invasión europea; por ello, el nacionalismo estableció poderes soberanos, definiciones geográficas y la auto-determinación del Estado-nación, a la vez que construyó una ideología contra la intervención extranjera. “La razón del Estado-nación” provocó guerras con Europa y entre las naciones latinoamericanas.

La integración latinoamericana en los nuevos Estados independientes se caracterizó por la sospecha, la indiferencia y la falta de voluntad: “el americanismo no pudo sobreponerse a los obstáculos físicos, las diferencias internas y al nacionalismo” (Atkins, 1980: 307). Jamás el nacionalismo ha sido piedra angular para legitimar los regímenes autoritarios militares y civiles, los cuales no pueden estar justificados por la democracia y, como consecuencia, creaban o cultivaban diferencias para crear miedo, incertidumbre y obediencia a líderes y gobiernos no democráticos.

En el siglo XX la región ya era independiente, aunque los líderes continuaban nutriendo los sentimientos nacionalistas entre países y grupos sociales.¹⁴ Gran parte de la región tuvo temibles dictadores¹⁵ y dictaduras militares, de ahí que el estado de seguridad nacional en el Cono Sur fue más terrible y represivo.¹⁶ Además, el nacionalismo ha sido una plataforma de la policía y las fuerzas militares para reprimir la oposición política y la sociedad civil. La debilidad de las instituciones políticas, lo que incluye al estado de derecho, permitió los excesos del poder durante el siglo XX. Algunas veces el estado de derecho era autoritario, por ende, las fuerzas de seguridad actuaban en contra de la sociedad, con la legitimidad del sistema de gobierno.

El nacionalismo y la seguridad en América Latina se han asociado estrechamente, desde finales del siglo XIX, con las políticas de los Estados Unidos de América. La Doctrina Monroe, importante influencia en América Latina desde 1823, afirmaba que Estados Unidos “consideraría cualquier intento de (Europa) por extender su sistema en cualquier parte del hemisferio como peligroso para su paz y seguridad”. Esta doctrina fue fundamental para América Latina porque dio suficiente seguridad a los Estados recién independizados frente a la intervención de los países europeos. Estados Unidos comenzó su búsqueda de hegemonía continental, lo que derivó en acuerdos de cooperación

¹⁴ Por ejemplo, el nacionalismo en México condujo a la revolución contra el dictador Porfirio Díaz, solamente para llegar a un sistema autoritario mucho más complejo, mediante el cual un solo partido gobernó el país durante más de setenta años bajo un discurso nacionalista.

¹⁵ En México, América Central, la República Dominicana, Cuba, Haití, Venezuela, Bolivia, Panamá y Paraguay.

¹⁶ En Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Bolivia y Paraguay.

hasta el siglo XX. La influencia de la Segunda Guerra Mundial ayudó a la construcción de instituciones regionales que se originaron en el Tratado de Río (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca: TIAR, 1948). Este sistema de seguridad colectivo representó la base, aunque no legitimó la intervención militar de Estados Unidos en América Latina y el Caribe. La Organización de Estados Americanos (OEA) fue otra institución que estructuró la influencia y el control sobre la región y posibilitó la cobertura política y la legitimidad para la intervención extranjera de los Estados Unidos. En vista de una intervención cada vez mayor, México organizó la Conferencia de Chapultepec en 1945, para proponer el principio legal de no intervención, que fue adoptado por la Carta de la ONU.¹⁷

Aunque muchas ideologías han influido en América Latina, no todas tuvieron un alcance regional. La unidad regional con la ideología del americanismo en la época de Independencia —como proceso de integración— declinó rápidamente porque se fundó en el miedo a Europa, y no en los intereses regionales comunes. Las iniciativas subsecuentes para crear una integración regional total han fallado, pero el sub-regionalismo ha tenido más éxito.

El socialismo representó una influencia regional real gracias a la aparición de movimientos de oposición contra el capitalismo depredador, y fue eje de conflictos (guerras por territorios y recursos naturales) y de la polarización económica y social. El socialismo, como alternativa al capitalismo, resultaba sumamente atractivo frente a la represión política de los regímenes autoritarios, a las poblaciones trabajando en condiciones inhumanas y a la pobreza extrema, así como a la corrupción desenfrenada. La Revolución cubana se tornó emblemática para los movimientos sociales y políticos, dado su potencial para cambiar el curso de la historia y ser un desafío para Estados Unidos. Las guerrillas penetraron la mayoría del continente durante los años sesenta y setenta y la confrontación entre los gobiernos y las guerrillas (particularmente en América Central) causaron pérdidas humanas importantes. Estados Unidos enfrentó violentamente al socialismo, a través de medidas de intervención extranjera (República Dominicana, Cuba, Guatemala,

¹⁷ Ver el artículo 2,7 de la Carta de la ONU; para una interpretación legal y un análisis del concepto en las relaciones internacionales, ver Brauch, 1979; acerca de la historia de los debates en Chapultepec, Brauch y Kennedy, 1992.

Granada) o con el apoyo a golpes de Estado (Chile, Guatemala) y dictaduras militares (en toda la región). El socialismo también era una fuerza regional que frecuentemente recuperaba el antiguo sueño bolivariano: latinoamericanismo, la unión fraternal de la región, los movimientos revolucionarios sociales con el apoyo de Cuba y la Unión Soviética. No obstante, este sueño sólo permaneció como una utopía.¹⁸

Los regímenes civiles y autoritarios de América Latina experimentaron contrariedades durante los años ochenta; estos regímenes de excepción¹⁹ comprobaron ser ineficientes para modernizar la economía, el Estado y la gobernabilidad (Oswald, 2007).²⁰ Tanto la falta de legitimidad como las presiones europeas y el surgimiento de las nuevas generaciones pedían regímenes democráticos, así como cambios en las prioridades políticas de Estados Unidos, lo cual tuvo consecuencias fatales para los dictadores. En el Cono Sur, las diferencias entre los medios y las formas para impedir que las dictaduras volvieran a ganar legitimidad dio como resultado la negociación de las reglas para la transición política (Jouineau, 1993:157). Por otro lado, la falta de éxito de los movimientos revolucionarios condujo a la negociación de acuerdos de paz entre los revolucionarios y los gobiernos. En los años noventa, la nueva ola de democratización envolvió a América Latina, al sembrar la semilla de nuevos ánimos para combatir la exclusión social, la disparidad económica y la falta de participación.

Paradójicamente, la región que todavía busca una filosofía propia terminó el siglo XX construyendo una característica importante de su identidad, al encontrar una forma de vivir en democracia. No obstante, ¿qué tan lejos y con cuánta profundidad puede avanzar la

¹⁸ El único país que sostuvo políticas revolucionarias con el apoyo de la URSS fue Cuba. La dificultad de los misiles en 1962 provocó una gran crisis internacional, aunque las negociaciones entre la URSS y Estados Unidos establecieron las reglas del juego para evitar una tercera guerra mundial. Mientras que Castro ha estado en el poder, se ha creado una tensión permanente entre los países latinoamericanos, aunque la Guerra Fría no ha resultado en un conflicto nuclear.

¹⁹ Antes del auge del anti-comunismo en América Latina, entre 1930 y 1945, hubo cuarenta y siete golpes de Estado. Brasil tuvo veintidós años de gobierno militar antes del re-surgimiento de los gobiernos electos, y Guatemala, treinta años.

²⁰ A pesar de que en algunos casos la apertura económica había comenzado (Chile), las empresas transnacionales ejercieron presiones importantes hacia una apertura unilateral de las economías y la seguridad para las inversiones.

democracia si sus cosmovisiones todavía no están en armonía con la naturaleza y la sociedad?

9.7 EL GIRO GLOBAL DE 1989 Y LOS NUEVOS RETOS DE SEGURIDAD DESPUÉS DEL 9/11: IMPACTO EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DE SEGURIDAD

En los finales del siglo XX, la globalización en América Latina ya era una tendencia internacional confirmada. América Latina vio en esta oleada una forma de combinar la seguridad con el desarrollo y las democracias sustentables. El libre mercado y la inversión promovieron una nueva época de crecimiento, que impulsó el sub-regionalismo. El TLCAN (México, Estados Unidos y Canadá), el MERCOSUR (Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay), el CARICOM (Caribe) y SICA (América Central) adoptaron una dinámica de libre comercio, que benefició a los países que ya estaban listos para competir globalmente. Otros países menos equipados, con economías que exportan algo más que bienes primarios, se quedaron atrás. Ciertas presiones hacia la globalización por parte de los gobiernos hegemónicos y de la comunidad internacional lanzaron a los países latinoamericanos a la competencia mundial, aunque en términos asimétricos. Como consecuencia, principios democráticos de Estados Unidos, como es el caso del libre mercado, fueron el origen de conflictos sociales, políticos y económicos. A principios del siglo XXI, las posibilidades de reducir las asimetrías —por ejemplo el hecho de que la Unión Europea integrara a España, Grecia y Portugal en acuerdos asimétricos y promoviendo su desarrollo— parecieran posibles también en el caso de América Latina y Estados Unidos.

Las amenazas a la seguridad latinoamericana se acentuaron con la consolidación del crimen organizado, el tráfico de drogas, el lavado de dinero, la corrupción, la devastación de los recursos naturales y la creciente inseguridad de las poblaciones locales, lo que amenaza la estabilidad de los gobiernos electos democráticamente y abre las puertas a una paradoja compleja. Quitarle el poder a las fuerzas militares y de seguridad tomó muchos años y muchas vidas, aunque ahora América Latina necesita marcos filosóficos, institucionales, militares, organiza-

cionales y burocráticos para combatir la inseguridad. Sólo el Cono Sur cuenta con un amplio marco de cooperación, el MERCOSUR, que incluye el comercio y también la cooperación militar, social y política adaptadas para luchar contra las nuevas amenazas de seguridad. La transformación de las relaciones civil-militares ha sido el núcleo de las reformas militares en América del Sur, una reforma pendiente en muchos otros países. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría llevó a una hegemonía de la visión de seguridad estadounidense en todo el mundo y América Latina no fue la excepción. La nueva agenda después del 9/11 acarreó una época de nuevos conflictos mundiales, donde el terrorismo constituye la principal amenaza.

En América Latina la nueva agenda provocó conflictos. En primer lugar, la oleada de la democratización iniciada en 1990 intentó cambiar el papel de las fuerzas armadas, al cultivar su sujeción a los procesos civiles y democráticos y, por ello, disminuyó su participación en las políticas internas. Bajo la influencia de la agenda posterior al 9/11, podría surgir la tentación de que las fuerzas armadas lucharan contra el terrorismo “desde dentro”, y arrojaran nuevamente a las policías represoras contra los movimientos sociales y políticos de oposición.

En segundo lugar, se trata de la agenda de seguridad de Estados Unidos, no de una latinoamericana: los gobiernos regionales establecen acuerdos de cooperación para enfrentar al terrorismo, aunque éste es importante en términos internacionales, pero no constituye la principal amenaza en la región (Rojas Aravena, cap. 15). América Latina no es el origen de los grupos terroristas locales que sí son una verdadera amenaza nacional e internacional. En conjunto, el tráfico de drogas, el crimen organizado, los disturbios sociales, la desigualdad, los gobiernos electos frágiles, la corrupción, los desastres naturales, la seguridad interna, el poco y lento desarrollo, la débil cultura democrática, las necesidades regionales únicas y asimétricas, las capacidades y los recursos dispares, los intereses y las estrategias presentan desafíos más importantes que la lucha contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva (en una región libre de adm). Con la excepción de Colombia y Bolivia, América Latina muestra una paz relativa.

En tercer lugar, América Latina es forzada a solidarizarse con una visión extra-regional de seguridad internacional y de sus amenazas; ello

está causando un malestar interno y dificultades gubernamentales cada vez mayores para manejar y conciliar ambas agendas en términos de recursos, estrategias y necesidades de los pueblos que se oponen a la agenda impuesta por Estados Unidos. Viejas formas de nacionalismo están resurgiendo con rapidez ante dicha imposición. La propagación de los riesgos del anti-americanismo social puede convertirse en un rechazo a los gobiernos latinoamericanos electos. Es más, la experiencia latinoamericana nos enseña que adoptar amenazas extra-regionales puede aumentar los conflictos intra-regionales y la inseguridad interna.²¹

La historia latinoamericana también nos enseña que el hecho de adoptar los esquemas de poder y seguridad extra-regionales ha provocado problemas entre la sociedad y la política, al aumentar la confusión y la oposición, la falta de cohesión social y el aumento en la inseguridad de los pueblos locales.

Las propuestas latinoamericanas de seguridad tienen dos vertientes. La primera, de los gobiernos regionales, afirma que la democracia y el libre mercado deberían garantizar una mayor justicia social —aunque están sujetos a presiones económicas y políticas, lo cual dificulta las reformas sociales más importantes. Así, la nueva ola de gobiernos sociales y de centro indica un gran desencanto con el neoliberalismo. La reunión anual en Porto Alegre (Brasil) del Foro Social Mundial FSM, un foro alternativo en contra de la exclusión y la desigualdad, es un buen ejemplo.

La segunda vertiente apunta hacia la agenda de seguridad humana. El mundo ha experimentado una transformación masiva desde el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, las estructuras de seguridad no se adaptaron al mismo paso. Los nuevos actores, las amenazas nacientes, las tendencias y problemas actuales desafían la seguridad y el bienestar de los Estados y las sociedades. La inseguridad y sus diversificaciones en el ámbito internacional presentan vulnerabilidades y riesgos, como es el caso de las amenazas por parte de actores no estatales, mayor pobreza, devastación ambiental, sociedades asimétricas y la globalización

²¹ El Tratado de Río permanece vigente. Ha sido utilizado aproximadamente en veinte ocasiones con el fin de luchar en contra de “las amenazas al hemisferio”, aunque “en todos los casos implicó conflictos interamericanos y nunca alguno provocado por fuerzas extra-regionales” (Atkins, 1980: 359-360).

de nuevas inseguridades. A pesar de que las propuestas de esta agenda son numerosas, por lo mismo, es difícil que las adopten los gobiernos latinoamericanos que carecen de desarrollo y crecimiento; lo que busca la seguridad humana es enfocarse en los asuntos estratégicos a largo plazo, que son los que definen la calidad de vida, la seguridad y la viabilidad de las sociedades latinoamericanas en condiciones humanas.

Un reto fundamental es la creciente inseguridad ambiental; en tanto América Latina siga perdiendo anualmente áreas equivalentes al territorio de Alemania, debido a la deforestación. Otro reto es la desigualdad social persistente: la región todavía muestra la mayor disparidad social del mundo: alrededor de 50% de la región vive en la pobreza. Asuntos como la seguridad alimentaria, la salud y el desarrollo asimétrico son preocupaciones importantes para las sociedades y los gobiernos. Además, el tráfico de drogas y el crimen organizado han trascendido las estructuras políticas y económicas; y las instituciones políticas no tienen la capacidad de hacerle frente a la delincuencia y al poder económico de estos bandos criminales. La creación de la seguridad humana enfocada al bienestar, la sustentabilidad y la paz de los individuos y las sociedades es un reto importante. No obstante, la agenda de seguridad humana sigue siendo fundamental para América Latina si se busca revertir los conflictos crecientes y la devastación sin precedentes.²²

9.8 CONCLUSIÓN

Al parecer, surgieron nuevos conflictos cada vez que se invocó a “la seguridad de Estado” para enfrentar los conflictos en América Latina. De ahí que es importante determinar algunas características asociadas con la fuente de conflictos en la región.

En el pasado, el marco y las prácticas de seguridad institucional han sido más bien la expresión de ciertos intereses de poder y voluntades particulares, en lugar de una contribución que busque solucionar amenazas regionales o locales reales. Una explicación a esta situación se asocia con la confusión generalizada y extendida de lo que constituye

²² Para un análisis fundamental acerca de la seguridad humana en América Latina, ver Rojas Aravena y Goucha, 2002.

la moralidad y la ética. Al igual que para los aztecas, el catolicismo, el autoritarismo y las dictaduras en la historia de América Latina representan la historia de poder e imposición de visiones del mundo, valores, principios y actitudes morales particulares sobre los otros, aunque los otros sean quienes constituyen la mayoría. En el nombre de la justicia, la religión, la independencia o la igualdad, los discursos de seguridad desde Sepúlveda en 1550²³ a las políticas posteriores al 9/11, la seguridad se ha justificado con el fin de liberar a las personas. Por ello, los principios morales particulares de aquéllos en el poder han sido hegemónicos, independientemente de la ética universal del servicio público, del bienestar social o del Estado-nación republicano.²⁴

Dos de las dificultades en el tejido social interno de los Estados, así como entre éstos, han sido la falta de confianza entre los poderes y la sociedad, además de la falta de integración económica, política y social en sociedades heterogéneas. Desde los incas hasta las políticas posteriores al 9/11, la seguridad se ha entendido y ejercido más frente a demandas sociales locales que ante amenazas extra-regionales. En este sentido, el nacionalismo se ha convertido en una forma de bloquear el desarrollo de la nación y de profundizar las divisiones internas y externas entre los países.²⁵ A pesar de que hay muchas características que unen a los latinoamericanos, también es cierto que el multiculturalismo ha sido un común denominador regional. Históricamente, el rechazo a reconocer las diferencias produjo regímenes autoritarios, los cuales impusieron sus ideologías, su moral y sus doctrinas homogeneizantes.

Paradójicamente, estos países tan profundamente nacionalistas han tenido que adoptar a lo largo de la historia modelos filosóficos, políticos, sociales, económicos y de seguridad que no les eran propios.²⁶

²³ “¿Es legítimo dominar a otros seres por la fuerza de las armas cuando su condición natural es tal que los obliga a obedecer a otros?” (citado en Todorov, 2003: 165).

²⁴ Ha habido una defensa del Estado latinoamericano en dos momentos clave: ante la intervención europea, y cuando los Estados Unidos apoyaron y soportaron los regímenes militares. No obstante, el Estado republicano sigue siendo débil hasta el día de hoy.

²⁵ Acerca de las fundaciones políticas, económicas y filosóficas de las divisiones sociales de América Latina, véase un excelente análisis de Todorov, 2003.

²⁶ Uno de los más recientes fue el Consenso de Washington. Los países que adoptaron dicha doctrina sin criticarla han sido formalmente globalizados, aún así enfrentan gigantescos retos de desarrollo (México); otros países que tomaron en cuenta sus necesidades locales, sus posibilidades y ritmos de integración global han sido más exitosos (Chile).

Mientras que más de la mitad de las personas latinoamericanas viven en la pobreza, el problema más agudo del siglo XXI es la extendida y profunda disparidad económica que también provoca problemas importantes de seguridad, como son la violencia interna y la falta de gobernabilidad.

El pensamiento acerca de la seguridad se ha enfocado en el Estado-nación, aunque muchos países latinoamericanos han sido autoritarios. Esto también plantea dos desafíos importantes para América Latina: construir Estados republicanos sólidos que incluyan integralmente a sus sociedades, y nuevas políticas de seguridad —que no necesariamente sean políticas militaristas— y que estén dirigidas a la cohesión social, el desarrollo sustentable, la democracia y la paz. Con el fin de alcanzarlo, América Latina también requiere de nuevas instituciones, así como reformas importantes en las instituciones existentes.

A pesar de un largo debate, la filosofía latinoamericana ha conseguido resultados modestos en reorientar al pensamiento de seguridad, aunque el debate ético parece ser más promisorio. “Las ideologías son motivadas por el afán de poder, la ética, en cambio, se funda en las razones [...] la una sirve a la dominación del grupo; la otra, a la realización del bien común” (Villoro, 1997:192).

Después de un largo periodo de regímenes autoritarios hobbesianos, democracias incipientes, división interna y conflictos, movimientos armados e intervención militar para demoler a la oposición, el cambio social parece llevar a América Latina hacia una mayor democracia y colaboración. Visto en el corto plazo, las democracias todavía presentan un alto nivel de incertidumbre y se han dado algunos pequeños pasos atrás, con el fin de salir adelante. Vistas en una perspectiva a largo plazo, las democracias latinoamericanas han hecho avances significativos en los últimos veinte años: el uso de las fuerzas armadas en la represión interna pareciera una historia del pasado. En tanto que las democracias electas ganan legitimidad, el uso de la violencia —desde los regímenes autoritarios a los movimientos sociales— pierde popularidad y el nacionalismo como ideología se cuestiona ampliamente, para erigir nuevas naciones fundadas en el Estado republicano.

Sin embargo, la falta de coincidencia entre los desafíos de seguridad de Estados Unidos y de América Latina no implica que ésta no esté

preparada para enfrentar la inseguridad, sino que las amenazas tienen otra naturaleza y, por lo mismo, requieren de diferentes estrategias, recursos y enfoques de seguridad. Uno de los problemas más importantes es la seguridad de la sociedad y de los seres humanos para garantizar a los pueblos sus derechos humanos, ambientales, alimentarios, la salud, la vivienda, la seguridad social, la justicia económica y la cohesión social, entre otras. No obstante, “la militarización” de estos temas tan sensibles resulta riesgosa, en tanto que las fuerzas armadas han desempeñado un papel tan importante en la represión interna. Otros asuntos, tales como la seguridad física de la gente por la violencia derivada del tráfico de drogas, el crimen organizado, los secuestros, asaltos y el robo, implican la intervención de las fuerzas internas de seguridad pública, aunque ello se realice en un marco democrático sólido. Por ello, una de las prioridades es asistir a los Estados, gobiernos y sociedades a forjar prácticas democráticas sustentables.

Así es como evolucionan las nuevas tendencias éticas en América Latina. Cada vez más, los movimientos sociales demandan Estados republicanos fuertes, capaces de incluir al bienestar común y una visión de poder social a largo plazo, en lugar de privilegiar el poder del gobierno y los intereses privados de corto plazo.²⁷ Esto también significa que la filosofía está avanzando hacia nuevos conceptos y prácticas de seguridad, mediante una búsqueda pragmática de identidad latinoamericana que rechaza la violencia y privilegia, en cambio, la participación social, la inclusión y la aceptación de las diferencias de poblaciones culturalmente heterogéneas.²⁸ Otro asunto se relaciona con el interés por la defensa del futuro estratégico de América Latina, y abriendo la posibilidad de

²⁷ La intervención extranjera ha marcado a la región latinoamericana de forma negativa. Es “la otra cara de la moneda” del nacionalismo cerrado. La construcción de naciones sólidas con procesos de integración pacífica interna y externa implica la aceptación de acciones multilaterales y una reestructuración profunda de la OEA y el Tratado de Río. Cuando se enfocan los intereses sociales y políticos regionales, la paz y la democracia avanzan. Tal es el caso de los acuerdos de paz en América Central, las medidas de no proliferación dentro del MERCOSUR, los acuerdos respecto al lavado de dinero en el Caribe y la Conferencia Especial de Seguridad de la OEA en 2003.

²⁸ Uno de los más importantes avances a este respecto ha sido la sumisión de las fuerzas militares a los poderes civiles, así como la consolidación de tendencias pacíficas mediante el cambio interinstitucional y cultural entre las fuerzas armadas, con el fin de cooperar a favor de la paz, por ejemplo, en los acuerdos del Cono Sur.

defender intereses a largo plazo, como sociedades más equitativas (por ejemplo, Chile pudo disminuir su pobreza a más de la mitad en tan sólo quince años); la defensa de la sustentabilidad ambiental y la soberanía (por ejemplo, la defensa brasileña del Amazonas, a pesar de las presiones intervencionistas que buscan debilitar la soberanía brasileña con voces que aluden a “intereses públicos globales”); y la búsqueda de nuevas formas de crear valores sociales y éticos para alcanzar civilizaciones sustentables.²⁹

Las relaciones con Estados Unidos también están cambiando hacia una mayor colaboración y menor intervención.³⁰ Por parte de las instituciones, durante la Conferencia Especial de Seguridad de la OEA, surgieron nuevos conceptos, por ejemplo la seguridad multidimensional (ver Anexo). Cada Estado enfrenta diferentes riesgos de seguridad y a pesar de que muchas de las amenazas son transnacionales, las soluciones son nacionales o sub-regionales, gracias a que las políticas de seguridad todavía se formulan en el nivel de Estado.³¹ La meta de aclarar las reglas nuevas del juego logró un verdadero avance en la creación de una comunidad de seguridad latinoamericana. “Claramente, en el concepto de Seguridad Hemisférica que se está construyendo actualmente, existen vínculos entre la seguridad, el desarrollo, la democracia, los derechos hu-

²⁹ Respecto a estas sociedades, hay nuevos actores sociales y políticos que participan en los nuevos debates éticos e investigan con base en una educación para la democracia, la civilización y la ciudadanía (Cullen, 1996; Dallera y Aguirre, 1997), vinculando la política con la ética (Nieto Montesinos, 1999), la resolución de conflictos en sociedades indígenas y minorías (Oswald, 2004), la ciencia y la ética (Bunge, 1996), la ética y el poder (Villoro, 1997), la ética y la cultura política (Sánchez, Georgina, 2001), la ética y las instituciones (Prats i Català, 2002) y la ética y el empoderamiento (Garzón, 1997).

³⁰ “Las naciones de la región han madurado y buscan posicionarse como interlocutores ante el superpoder, no solamente como seguidores de las reglas, sino también como hacedores de éstas. Ello marca el comienzo de un proceso, no su final... en tanto que Estados Unidos insista en imponer su agenda de seguridad en el hemisferio, habrá puntos de crisis definidos por Estados Unidos, que socaban el concepto de comunidad. Además, en vista del futuro, debido a que el unilateralismo de Estados Unidos debilita el potencial de la OEA en el hemisferio, no está nada claro si será la OEA y no alguna otra institución regional, quien sea el elemento principal en la arquitectura de la seguridad hemisférica” (Tulchin, 2004:2).

³¹ “En un gran paso adelante, la OEA accedió a que cada uno de los recursos existentes del Estado (fuerzas militares, inteligencia, fuerzas judiciales, cuerpos diplomáticos) deberían ser empleados para hacerle frente a las amenazas, aunque las respuestas no necesariamente debían ser de tipo militar.” (Benítez-Manaut, 2004:27).

manos, el libre comercio y la defensa” (Benítez-Manaut, 2004: 27). Esto hace de la seguridad un complejo elástico, aunque también deja de lado la militarización y securitización de los sujetos,³² así como una nueva arquitectura de seguridad basada en principios éticos y en la democracia.

En América Latina tiene lugar un cambio en la conceptualización de seguridad. Aunque más importante parece ser el camino latinoamericano hacia la búsqueda de su identidad verdadera y original, junto con su reconciliación con ella: la identidad de pertenencia universal y armónica, la integración mundial desde un punto de vista latinoamericano, la relación y el diálogo entre las necesidades individuales y colectivas, entre los valores, la búsqueda pragmática de una paz sustentable, la democracia, el desarrollo y la civilización. América Latina está recorriendo su “cara y corazón”, su ser consciente en el mundo en armonía con la humanidad, la naturaleza y la cohesión social basadas en valores y reglas pacíficas civilizadas para la convivencia, como aquellas que los *tlamatinime* propusieron hace seiscientos años.

³² La intervención militar extranjera ha sido reemplazada por nuevos conceptos de colaboración latinoamericana, tales como la intervención humanitaria (Haití). La lógica de intervención y de seguridad se están reestructurando, por ejemplo, los conflictos ya no siempre están vinculados con los instrumentos de defensa, sino cada vez más a soluciones que abordan la raíz social, política y ambiental del problema.